

misterios cristianos y hasta se acercó á los sagrados pórticos, pues pertenecía á la católica Bretaña, y fué educado en un seminario. Pronto sacudió sus lazos, suavemente, sin cólera, hasta con demostraciones de tierna gratitud para sus antiguos maestros; pero su respeto, por sincero que fuese, dejaba un resabio de burla, tal era su compasiva condescendencia por los pobres errores que había estado á punto de compartir. Tuvo gran suerte en su carrera. Premiado por el Instituto (reunión de las Academias) y miembro luego del Instituto mismo, Renán conquistó sin gran lucha todos los honores que son el cortejo de la gloria. En medio de tan creciente favor, muchos denunciaron el libertinaje intelectual de este brillante ingenio. Desde el fondo de su retiro atento, el Sr. Doudán, ese juez refinado de las cosas contemporáneas, lo apreció con severidad: «Es un joven sedicioso en materia de ideas, escribió en 1858... Me parece que su gran variedad de puntos de vista depende de que no tiene idea preconcebida sobre nada y profesa lo contradictorio con aires de inteligencia (1).»

Sin embargo, en 1860, Renán fué encargado de una misión en Fenicia. Durante este viaje se afirmó en el proyecto de la obra considerable que había de popularizar su nombre. La Palestina había sido recorrida hasta entonces por peregrinos que besaban los vestigios del Salvador y por musulmanes que con su cimitarra mutilaban los monumentos sagrados. El nuevo visitante no era de los que adoran; y aunque más funesto, no era tampoco de los que rompen. A quien siguió las huellas fué al mismo Jesús; no le siguió como creyente ni como enemigo, según él decía, sino como crítico que, según los textos, los lugares y las tradiciones, reconstituye y reanima el pasado. Pacientemente, como erudito y sobre todo como artista que se penetra de la poesía de las cosas, registró las montañas en que Cristo había predicado, pasó una y otra vez á lo largo del lago que habían surcado las barcas de sus discípulos. Luego, «en la soledad de una cabaña maronita,» como refiere él mismo (2), trazó el esbozo de lo que había de desarrollar más tarde. A su regreso, ordenó sus recuerdos y publicó, con el título de *Vida de Jesús*, el libro que había de popularizar su nombre.

Al publicarse esta obra, el respetable Sr. de Sacy la apreció en los siguientes términos: «Con los cuatro evangelios y sus propias conjeturas, el Sr. Renán trata en cierto modo de reconstituir un quinto evangelio del cual destierra lo que forma, á mi juicio, la misteriosa sublimidad de los cuatro evangelios consagrados por la fe pública, á saber, lo sobrenatural, los milagros y el dogma.» Entre los católicos, entre los cristianos de las diversas comuniones, todo contribuyó á aumentar la turbación y á prolongar el escándalo. El ataque iba contra la raíz del árbol cristiano. La obra emanaba, no de un libelista ignorante ó desconocido, sino de uno de los ingenios más distinguidos de la época. Poco antes, un alemán, Strauss, había tratado del mismo asunto, pero bajo una forma pesada y con un aparato científico propio para retraer al vulgo: en la obra de Renán todos los refinamientos del arte conspiraban para atraer

(1) *Correspondance*, t. III, págs. 119 y 174.

(2) *Introducción*, pág. LIV.

á los que pronto hubiera cansado una discusión de textos. Era el libro más extraño que podía imaginarse. ¿Era del dominio de la historia, de la exégesis, de la novela, de la poesía? De todo había en la variedad de rasgos que componían el cuadro. En algunos puntos la crítica desaparecía bajo la abundancia de las descripciones; en otros era entrecortada por graciosas narraciones, de una languidez algo sensual, que rayaban en idilio (3). Parecía que Cristo no podía descender de su rango sobrenatural sino para caer inmediatamente en el de impostor. Renán no tuvo esta lógica. Al disipar la leyenda, mantuvo en su grandeza al héroe de la leyenda misma. No despojó á Jesús de la aureola divina sino para adornarlo con otra aureola, humana, sí, pero tan resplandeciente que ninguna frente mortal hubiera sido digna de llevar sus rayos. El Hombre-Dios quedaba como suspendido entre el cielo, que le cerraban, y la tierra, que dominaba de muy alto para no pertenecer más que á ella. En esto consistía la prodigiosa singularidad de la obra, que no escapaba á lo sobrenatural sino para caer en el misticismo, y que no abolía el culto consagrado por las edades sino para substituirlo con una especie de culto literario mucho menos comprensible que todos los milagros que se trataba de proscribir. Si la materia no hubiese sido tan grave, hubiera sido un curioso espectáculo el del rudo y primitivo relato evangélico sometido á las interpretaciones de este literato refinado: esas interpretaciones eran á la vez conmovedoras y atrevidas, con toda clase de hipótesis rebuscadas, poco dignas de un espíritu que se preciaba, sobre todo, de crítico. Lo que acababa de confundir era que el ataque contra el cristianismo no quería ser tal ataque. Jesús era descoronado gravemente, sin ultraje, hasta con toda clase de alabanzas; en cuanto á la religión que había fundado, Renán registraba su prescripción en nombre de la crítica infalible, pero sin poner la mano sobre ella, y hasta hubiera querido conservarla como curiosidad arqueológica, del mismo modo que se conserva un monumento venerable que cobijó á las generaciones pasadas.

Tal era el libro. Las almas cristianas fueron exasperadas. Hubieran deseado un poco de insulto. La amenidad de las formas pareció refinamiento de hipocresía, y esta negación tranquila, sin excesos de palabras y sin cólera, pareció la señal de una audacia hasta entonces desconocida. Renán fué tratado menos como publicista á quien se combate que como heresiarca á quien se anatematiza. Los obispos procuraron refutarlo en numerosos folletos ó pastorales; los curas lo condenaron en sus sermones y los cardenales lo denunciaron al Senado. Como era profesor del Colegio de Francia, el gobierno, aventurando un semi-castigo, lo trasladó á la biblioteca imperial, y como él no quisiese admitir un castigo mitigado, se le privó de la cátedra. Poco tiempo después el emperador, en una carta al obispo de Arrás, se asoció públicamente á la universal reprobación. De todas las refutaciones, que fueron innumerables, ninguna igualó á la publicación de los *cuatro evangelios*, ese libro sin arte, sin trabazón, sin habilidad, sin ciencia, y que lleva en sí la irresistible persuasión, precisa-

(3) Véase páginas 64 y siguientes, 72-73, 80-81, 142 y siguientes.

mente porque en él no se descubre nada de todo lo que una mano humana no hubiera dejado de poner.

El autor de todas estas agitaciones soportaba la avalancha con una serenidad científica. Como en las polémicas que su obra suscitaba, el insulto se mezclaba á menudo con los argumentos, se apoyó en las injurias

estas líneas que desconciertan. ¿Es eso inconsciencia, infatuación, venganza refinada, ó fe singular en esa religión del ideal que había de elevarse sobre las ruinas de los símbolos destruidos? El libro, puesto al alcance de todos merced á su precio y á su tamaño, circuló como libro de meditación, casi como libro de rezo. Es-



E. Renán

Ernesto Renán

para no contestar á las razones. Su única contestación fué publicar una edición compendiada de su libro, edición desembarazada de las notas explicativas ó de las controversias y compuesta muy especialmente para las almas piadosas. «Ofrezco, decía en su prefacio, esta imagen de Jesús á los pobres, á los tristes de este mundo, á los que Jesús amó más... Mi libro, compuesto con la frialdad absoluta del historiador, no podía menos de causar, por su franqueza, alguna mortificación á tantas almas excelentes que el cristianismo eleva ó nutre... Creo al menos que muchos de los verdaderos cristianos no encontrarán en este pequeño volumen nada que les pueda lastimar.» No es posible leer sin estupefacción

ta inesperada metamorfosis llevó la indignación al colmo, y el ruido que había hecho la edición grande de la obra se prolongó en torno de la edición pequeña.

En medio de estas ardientes controversias, la opinión no se dejaba distraer de la política sino para volver en seguida á ella. Dos de los diputados electos por el departamento del Sena, Havin y Julio Favre, investidos de un doble mandato, habían optado, el uno por la Mancha y el otro por Lyon. Convocados los electores para el 21 de marzo á fin de reemplazarlos, hubo en París una repetición abreviada de las elecciones generales. De pronto llovieron las candidaturas en extraña mezcolanza y en una confusa corriente de ambiciones

rivales. La libertad renaciente excitaba los deseos; además, todos los que poco antes se habían visto obligados á retirarse, se consideraban defraudados y esperaban el desquite de lo que llamaban su sacrificio. En 1863, los antiguos miembros del gobierno provisional, muy combatidos, habían adoptado por el retraimiento, al menos en París. Esta vez reaparecieron ante los electores, sin haber cambiado nada de sus antiguas fórmulas. Garnier Pagés, que aspiraba á la sucesión de Julio Favre, se comprometía, en su profesión de fe, á «defender la causa sagrada de las nacionalidades, á contribuir á formar sobre las bases de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad y de la justicia, la Santa Alianza de los pueblos.» Carnot, que ambicionaba la herencia de Havin, expresaba en un lenguaje no menos solemne vulgaridades no menos huecas. Estos resucitados de la política se figuraban hallarse todavía en el club ó en el balcón de la Casa de la Ciudad. Lastimado en su buen sentido y en su buen gusto, *El Diario de los Debates* calificó con mucha dureza esa especie de elucubraciones y opuso á la candidatura de Carnot la de Laboulaye, que en las elecciones generales había dejado el puesto libre á Thiers.

En medio de estas rivalidades, los jóvenes del partido espiaban ardientemente las ocasiones. Más afanoso que los demás, Julio Ferry trató de imponer su candidatura desde el principio del período electoral. Su circular fué más orgullosa en su sencillez que la de Garnier Pagés en su ampulosidad. Hablaba de lo obscuro de su nombre y recordaba con estudiada brevedad «los servicios que había prestado desde 1857 á la causa de las libertades electorales.» Después de lo cual, continuaba en estos términos: «Mi candidatura responde á un sentimiento que estalla en todas partes. Un gran partido como el nuestro ¿no debe preparar, al lado de las ilustraciones del presente, los combatientes del porvenir? Hace doce años que el gobierno evoca contra nosotros recuerdos irritantes y cóleras retrospectivas. Quitadle esas armas y elegid hombres nuevos.» A los ojos de sus jefes y hasta á los ojos de sus amigos, el *hombre nuevo* pareció sin duda demasiado impaciente, pues á los pocos días se supo que, aconsejado por Julio Favre, acababa de volver á las filas.

Los triunfos del año anterior habían estimulado á los más desdeñosos, al parecer al menos, del mandato legislativo. Vivía en Bélgica, desde el golpe de Estado, un antiguo representante del pueblo llamado Bancel. Profesor de la Universidad libre de Bruselas, Bancel había encontrado en el destierro la fama que quizá hubiese buscado inútilmente en su país. Aunque rodeado de partidarios del retraimiento y perteneciente á la oposición más irreductible, no resistió á las tentaciones de la vida pública y envió su juramento á París. Una irregularidad en las formas de la presentación impidió que se le incluyera en el número de los candidatos.

El suceso más importante del período electoral fué la entrada en escena del partido obrero. Un mes antes de las elecciones, publicóse una especie de programa firmado por sesenta obreros pertenecientes casi todos á las artes industriales: «Queremos, decía el manifiesto, fortalecer la opinión liberal, haciendo entrar en el Parlamento diputados elegidos entre los nuestros. Esa oposición ha pedido en los términos más modestos lo ne-

cesario de las libertades. Los diputados obreros pedirán lo necesario de las reformas económicas.» Un tallista llamado Tolain fué proclamado candidato y tradujo en una circular las reivindicaciones de sus compañeros. Reclamaba la libertad de reunión y de asociación, la abrogación completa de la ley sobre las coaliciones, la organización de las cámaras sindicales compuestas exclusivamente de obreros, la instrucción primaria gratuita y obligatoria y la supresión del presupuesto de cultos.

¡Cosa singular! El público, que con tanto interés había seguido los incidentes de la lucha electoral, mostróse reacio en acudir á las urnas. Los liberales fueron vencidos con Laboulaye, que obtuvo 900 votos, y los obreros con Tolain, que reunieron 400 sufragios. Los dos candidatos oficiales Pinard y Levy obtuvieron, el primero 5.000 votos y el segundo 6.000. Los que salieron verdaderamente beneficiados de la jornada fueron los hombres de 1848, es decir, Garnier-Pagés y Carnot, que triunfaron, el uno con 13.000 y el otro con 14.000 votos. Ambos habían aprendido en su juventud las fórmulas revolucionarias, y como eran demasiado viejos para aprender otra cosa, las iban repitiendo. En el fondo, eran muy burgueses, tribunos únicamente por rutina ó por hábitos retóricos; y lo mejor que se les podía desear, lo que ellos mismos deseaban quizá en el secreto de su alma, era que participasen de la popularidad de la oposición, sin ser nunca poder. No es que el peligro fuese quimérico, sino que residía en otra parte y aun era remoto. En estas elecciones complementarias habían asomado los *irreductibles*, que estuvieron á punto de encontrar un candidato en Bancel, y se habían oído las *reivindicaciones sociales* de los obreros agrupados en torno de Tolain. La tentativa había fracasado miserablemente. Pero estos dos grupos iban á crecer, á desarrollarse desde luego paralelamente y á unirse después para reemplazar las antiguas y vagas reclamaciones, la antigua fraseología, por sus terminantes y descaradas concupiscencias; para fusionar insensiblemente en ellos al antiguo partido democrático, y en las elecciones siguientes les veremos bastante fuertes para ahogar la voz de los jefes antiguos. Entonces, y sólo entonces, empezará, así para el Imperio como para la causa del orden, el verdadero peligro.

XII

Como se ve, la democracia, turbulenta y tímida á la vez, no hacía más que repetirse. Si se quería encontrar en 1864 un verdadero innovador, había que buscarlo en las regiones gubernamentales.

Recordará el lector las modificaciones bastante numerosas que los decretos de 23 de junio de 1863 introdujeron en el alto personal imperial. Puesta toda su atención en las elecciones que acababan de tener efecto, el público vió sobre todo en aquellos cambios dos cosas: la caída en desgracia de Persigny y el celo del gobierno en asegurar su defensa ante las Cámaras. Sin embargo, en medio de aquellos decretos, se deslizó un nombramiento muy digno de ser notado. En substitución de Rouland, fué llamado al ministerio de Instrucción pública un hombre nuevo, cuyo nombre no había de tardar en llamar la atención.

Este se llamaba Duruy. Su nombramiento era singular por varios conceptos. En primer lugar, el personaje á quien se encargaba la alta dirección de la instrucción pública no sólo no era ajeno á la enseñanza, sino que no había hecho otra cosa en su vida, lo cual era ya una gran novedad. En segundo lugar, no tenía el nuevo ministro ninguna relación en la corte, ni connivencia alguna con el mundo oficial. Y lo más extraño era que, si hubiese pertenecido á algún partido, hubiera sido á la democracia, una democracia disciplinada, patriota, instruída y muy librepensadora. Profesor de historia, durante más de veinte años, en el colegio de Enrique IV y luego en el liceo de San Luis, su nombre había permanecido bastante obscuro, hasta entre sus colegas. Los que le conocían le juzgaban hombre de espíritu sólido, aunque sin relieve y sin brillo; en cambio alababan sin reserva su integridad, su apego á sus deberes profesionales y sobre todo su infatigable laboriosidad. «Soy como un buey que traza con paciencia su surco,» decía de sí mismo. Y la comparación, además de tener el mérito de ser modesta, no dejaba de ser justa. Así vivió él mucho tiempo, confinado en el barrio Latino, sin que, al parecer, hubiese de pasar jamás del rango muy honroso, pero secundario, en que realizaba su paciente labor. Pero este hombre, que ignoraba la política francesa, conocía muy bien la antigua Roma, sobre la cual había escrito varios libros para la juventud. Esto fué el origen de su fortuna. Precisamente el emperador preparaba la *Vida de César* y se mostraba muy ávido de todos los informes que pudiesen servirle para tan grande asunto. Alguien le habló de Duruy y el monarca lo llamó á las Tullerías. En la entrevista, el profesor cometió, según dicen, algunas torpezas, pero de esas torpezas felices que se detienen á tiempo y gustan á los príncipes que así descansan de los cortesanos. Resultó además que este catedrático, tan documentado sobre la Roma de los Césares, no lo estaba menos sobre la de los Pontífices. Un día, durante una de las crisis agudas de la lucha con la Santa Sede, Duruy fué llamado á palacio: había que escribir á toda prisa un folleto abundante en datos sobre el papel de los papas como príncipes italianos. Merced á un prodigio de trabajo, en cinco ó seis días quedó terminada la obra. Mientras tanto, ambos poderes se habían medio reconciliado: cuando el publicista llegó con sus cuartillas, le dijeron que se las guardase. Este se inclinó sin chistar, de modo que, después de haber agradado por su laboriosa actividad, no agradó menos por su docilidad silenciosa. En lo sucesivo, Duruy fué con cierta regularidad al gabinete del emperador, á modo de auxiliar de Mocquard, pero sin título ni cargo determinado. Acabó de ganar las simpatías del soberano con sus juicios sobre César, que al abatir á la república romana, decía él, abatió lo que no era ya más que una sombra, y una sombra sangrienta. La tesis, explanada muy sinceramente, era demasiado oportuna para no encantar al príncipe. ¿Qué iba á ser de la teoría del *Cesarismo*, tan en boga entonces en los círculos de la oposición? Napoleón se creyó obligado á proteger al que consideraba casi como un colega literario. Duruy fué nombrado inspector de academia, y luego inspector general. En esto, hubo necesidad de un ministro de Instrucción pública. El emperador era bastante poderoso para obrar á modo de un sultán que

elige su visir. Duruy se encontraba entonces en Moulins, girando una visita de inspección. Un día, en el momento de empezar á comer, recibió un telegrama que abrió temblando, pues uno de sus hijos estaba enfermo en París, y él temía alguna fatal noticia. El telegrama le anunciaba que era ministro. Momentos después, llegó á la fonda el prefecto que acudía á felicitarle y que fué el primero en darle el título de *Excelencia*.

En la época á que hemos llegado, el nuevo gran maestre de la Universidad se había dado ya á conocer. Apenas instalado en el ministerio de la calle de Grenelle, se había proclamado reformador, y su extraordinaria actividad se extendió por todas partes. Las gacetas oficiales eran insuficientes para contener sus circulares y consignar sus decretos, y eran excepcionales los días en que se abstenía de tomar alguna disposición. Se ocupaban de él sus amigos que le proclamaban gran ministro y sus adversarios que le calificaban simplemente de agitado. Su obra estuvo demasiado íntimamente relacionada con los intereses generales del país para que deje de ser oportuno establecer una especie de clasificación entre los actos algo confusos de su administración y poner de relieve los que merecen ser recordados.

No puede negarse que al advenimiento de Duruy la organización de la instrucción pública ofrecía muchas deficiencias. En 1863, más de mil municipios carecían de escuelas primarias (1). Incompleta para los párvulos, la enseñanza lo era aún mucho más para las niñas. Lo que se había aprendido en la infancia corría gran riesgo de ser olvidado en lo sucesivo, pues las clases de adultos habían adquirido poco desarrollo. La indigencia del local ó del material era extrema, y lo que, andando el tiempo, ha venido á ser suntuosidad, respiraba entonces la miseria. El más digno de lástima era el maestro, mezquinamente retribuído.

Respecto á la segunda enseñanza, asombraba que las cosas del colegio apenas tuviesen relación con las cosas de la vida. El comercio se había desarrollado, al mismo tiempo que la industria; una expresión nueva, la de artes industriales, designaba un orden de cosas desconocido de nuestros padres: la agricultura tendía á perfeccionar sus procedimientos, al extremo de convertirse en ciencia; en fin, la extensión de las comunicaciones internacionales había hecho indispensable el estudio de las lenguas extranjeras. Y todas las tentativas, bastante numerosas, para crear una enseñanza especial sólo habían obtenido ínfimos resultados. La Universidad parecía estacionada en el antiguo programa clásico, el mejor sin duda para la formación del espíritu humano, pero que no conviene sino á lo más selecto de la sociedad, supone una posición desahogada y se adapta mal á las urgentes necesidades de la vida. Otra particularidad digna de ser notada era que el Cuerpo universitario, inhábil para los nuevos métodos, había dejado decaer un poco los antiguos. El sistema de la bifurcación, aplicación desacertada de una buena idea, rebajó bastante el nivel de los estudios. Además, según el programa, la filosofía se hallaba reducida á la *lógica*. Habían causado tanto daño en 1848 los excesos del sofisma, que

(1) Véase *Recueil des actes de l'instruction publique*, 1864, página 138.